

sin causar las catástrofes que ahora contemplamos. Bolivia será boliviana, Perú será peruano, Argentina será argentina. Esta acción se integrará buscando en los otros planos de la vida humana el esfuerzo concurrente que la convierta en acción integral. Rotos los vínculos con el feudo económico y con el imperialismo avasallante, el Estado, ya efectivamente libre, podrá afrontar los problemas dependientes, como los derivados de la educación, la salubridad, las relaciones con la Iglesia, la función social del trabajo y la austeridad como norma de una vida mejor.

Esta solución, entonces, dentro de marcos socialistas, es una solución profunda y auténticamente nacionalista. Nuestro nacionalismo verdadero, sin sus viejas raíces sentimentales, es un método del que se ha extirpado toda aquella floración que lo vuelve inútil ciertas veces, o que no es sino el ropaje que disfraza aviesas intenciones, en otros casos. Nuestro nacionalismo, nacido al calor de la comprensión continental de nuestros problemas, y bajo ideales de fraternidad entre los hombres, repite por eso su viejo lema: «tenemos un solo y grande enemigo; formemos una sola y grande unión».—M A N U E L A. S E O A N E.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

CONFESIONES DEL TIEMPO

ESTA dicho que toda la peripecia de nuestra vida consiste en preferir unas cosas y desdeñar otras. Tal es el cauce por donde se va deslizando nuestra íntima personalidad y en el cual ella se busca, se reconoce y se revela a sí misma. Allí, pues, donde se ha posado nuestra preferencia es posible sorprender algo de lo que somos. Porque preferimos unas cosas y no otras, y desdeñamos éstas y no aquéllas debido a que nuestro ser está hecho de una determinada manera. Lo cual es tan evidente y puede ofrecerse con tan acentuado radicalismo que, por lo general, quedan sus términos reducidos a un percibir ciertas cosas y a un no percibir todas las restantes.

Así es cómo en las lecturas elegidas, lo mismo que en el amor, cada cual, aunque no lo quiera, hace su propia confesión. Quien declara los nombres de sus autores y libros preferidos lo que efectúa en última instancia es esto: proyectar afuera algo de su panorama íntimo, regalar su secreto de tal modo que alguien podría advertir lo que en él es rico y lo que anda menguado. En todos los que leen existe, por lo menos vagamente, la conciencia

de que es así. Por eso hay lecturas falsas y jactanciosas, y lecturas habituales disimuladas, que no se confían a los demás para no denunciar con ellas el interés que cada uno concede en el fondo de sí mismo a ciertos temas o a ciertos estilos. A poco que se observe, la elocuencia sintomática del libro escondido resulta sorprendente.

Si esto es verdad en cuanto a los individuos, lo es también respecto a las épocas. El grueso de la producción literaria se ocupa en satisfacer los gustos de su tiempo. Géneros, temas y formas no alcanzan el éxito sino en la medida que coinciden con las preferencias dominantes. No basta, pues, a una obra su mérito para que triunfe. En cambio puede bastarle la concordancia con el alma del gran público. Esto contribuye a explicar la precaria fortuna de obras intrínsecamente egregias y la gloria desbordada, si bien efímera, de tantos impresos mediocres. Ilustre o vulgar, la literatura que triunfa es siempre una expresión de la sociedad. Los libros en boga son sus confesionarios.

Irrumpe aquí la oportunidad de escudriñar, en los libros que más se leen, la confesión de estos años problemáticos y grises. Requiere muchas páginas el intento. Pero no tema el lector. Las que siguen serán insinuación, nada más.

Con sugestiva persistencia viene destacándose desde hace algún tiempo el auge de los libros biográficos. Ludwig inaugura las grandes victorias de la biografía, y el género gana de pronto un lugar imprevisto en la atención de los lectores. Se escribe sobre los más heterogéneos personajes, y el éxito de estas producciones llena Europa y América.

¿Será que el mundo vuelve los ojos a las figuras ejemplares? No es posible ocultar el fondo de esperanza que hay en esta pregunta. Porque si el mundo proyecta el interés de su espíritu hacia la ejemplaridad, cabe adivinar que comienza en su corazón el pulso de una vida más alta. Sin embargo, es preciso averiguar si aquellas figuras hacia las cuales torna el mundo los ojos son, en efecto, ejemplares, y luego saber si la mirada que les dirige atiende a ese su carácter excelente y le da su acatamiento.

Creo que los libros tan difundidos de Ludwig proporcionan alguna indicación sobre estos puntos. Ocurre que los personajes que él ha tomado no son todos ejemplares. Lo mismo acontece con el resto de la actual literatura biográfica. El hombre superior alterna en ella con el simple ambicioso, el pillastre y el cínico. Dijérase que estas biografías eligen sus tipos no en virtud de sus calidades sino en razón de su fama. Pero se da el caso de que un hombre elegido en vista de su fama es al mis-

mo tiempo una figura excelsa y alguna vez, por acaso maravilloso, divina. ¿Cómo se comportan entonces las triunfantes biografías? La respuesta es indubitable y no tolera sino tres o cuatro excepciones: pulverizando la grandeza del héroe, borrando el perfil magnífico, trayendo la divinidad al suelo común y doméstico de lo humano. Ludwig ha trazado en *El Hijo del Hombre* la línea terrena de Jesús. Se trata, es verdad, de un hermoso libro en cuyas páginas el ayuda de cámara que no percibe al grande hombre sentirá sólo un vago regocijo. Juan Papini ha ido más lejos. En *Los operarios de la Viña* convierte a Julio César en Bautista, en anticipación profética de Jesucristo, y a Jesucristo lo encierra en la órbita romana. El resultado es notorio. Puesto César en plano y rango que no son auténticamente los suyos, queda en vilo. Se le escamotea la virtualidad que verdaderamente poseía y se le inventa otra de que careció con toda evidencia. Pierde sus diamantes legítimos y recibe cuentas de vidrio. Y después Cristo, el gran Cristo ecuménico, hace, como nuevo camino del Gólgota, el viaje ominoso de lo universal eterno a lo romano temporal. Falacias escritas bajo el imperio de las armas: divinización del hombre de espada, reducción de lo divino a lo político.

Entre nosotros se ha resucitado estos días a Portales. Inútil tarea la de buscar en esta resurrección al grande hombre. En cambio se muestra con delicia lo que en Portales había de individuo vulgar, lo que hacía de él un personaje semejante al hombre común e incalificado. Lo que existió en Portales de original y exclusivamente suyo se queda en olvido y sin reconocimiento.

Empezamos, pues, concibiendo la esperanza de que, al preferir los libros biográficos, nuestra época ensayase un acto de comprensión de los hombres mejores, expresando así un impulso naciente de aproximarse a ellos. Una ligera indagación nos ha conducido a la experiencia opuesta: no busca lo ejemplar, y cuando nota su presencia lo sesga, lo deforma o lo humilla. Es decir que no atestigua su aspiración de ascender hasta los individuos excelentes sino la de conseguir que éstos desciendan hasta ella y no valgan más que el hombre alojado en su seno. Este hombre, semejante al nuevo rico, se obstina en hallar una confrontación que haga valer menos a los otros, con lo que se hace la ilusión de valer un poco más él mismo. Aquí nace una perversión en el sentido de los valores humanos, los cuales abaten sus cumbres y se mediatizan. Es así que la biografía puede acercarse con idéntica actitud al genio ilustre y al famoso vulgar. A ambos les hace las mismas preguntas. Su señuelo no es la grandeza sino la celebridad. Un examen estricto nos

llevaría a mayor extremo: la celebridad es, a sus ojos, la única grandeza.

No cabe imaginar para nuestra época un supuesto más halagüeño. Gracias a él ciñen la máxima corona sus héroes representativos, futbolistas y boxeadores. Pero hay todavía una consecuencia más general y decisiva. Si el grande hombre lo es sólo en virtud de su celebridad, el varón medio halla en la biografía de aquel este minúsculo consuelo: el grande hombre no existe. Porque la celebridad no es un atributo sustantivo, sino un don que otorga la mayoría, esto es los hombres medios juntos. Por tanto, al grande hombre lo hacen los hombres medios.

Ese era por lo menos su secreto deseo. Un género literario que yacía hasta ahora en segundo término se lo ha descubierto y servido discretamente. El viene a decir que los héroes vivieron sometidos a la común gravitación, que la trayectoria de sus existencias fué el desarrollo de las penalidades, las miserias, las caídas y las desconcertantes alucinaciones de toda vida humana. Y como esto no deja de ser verdad, y casualmente es la parte de la verdad que interpreta y satisface a la criatura media de nuestra época, he aquí que la biografía salta de pronto al primer plano de preferencia entre la producción literaria.

El caso no tenía por qué parecer extraño. De cuanto la masa contemporánea ha hecho en su propio ámbito, lo más característico es la anulación de las minorías selectas, el desalojamiento de los individuos mejores. Resulta lógica una postura análoga respecto a las minorías y a las individualidades más altas de otras épocas. La nuestra, habiéndose cortado la cabeza a sí misma, quiere darse el placer demócrata de ver a las anteriores decapitadas.—R. CABRERA MÉNDEZ.

PRIVILEGIOS DE LA OPERA RUSA

LEGADA última en la Historia, la escuela rusa representa la evolución musical más característica de la hora presente. Mucho más que en la música de cámara, es en la música escénica donde se manifiesta. Es tal la perfección de la ópera rusa que se puede decir que la inspiración musical se exterioriza en ella no solamente por medio de los instrumentos y de la voz, sino también por la decoración y la danza, de tal modo que el arte no se encuentra allí limitado